

España de PARTE a PARTE

Folleton de Hermano Lobo

RESUMEN DE LO PUBLICADO: Españoles...

XIII

1951

En este año de 1951 va a saltar a la palestra de la teología analítica y la investigación psicológica el arcángel Gabriel Arias Salgado, que lo nombran ministro de Información y Turismo y subsidiariamente luz de Trento y martillo de herejes, para lo que estaba muy dotado. Tenía hilo directo con la Corte Celestial y salvó tantas almas como San Francisco Javier, por lo menos, y aquí nadie se atrevía a hacer publicidad de bragas y de sostenes porque el ministro les echaba encima un oficio, o sea, el Santo Oficio, por relajados y pornógrafos, corrupto-



res, antipatriotas, prostibularios, rufianes, desmirlados, alcahuetes, anti-franquistas, jayanes, pellejos, meretricios, lupanarios, putescos, traineles, ganchos, gorriones y demás sinónimos del Casares, que, dicho sea de paso, era un voluptuoso de la lengua, el pobre, y nunca supo el mal que hizo al imperio con tanto fonema desvergonzado. Ahora no más empieza el destape y el fantasma de don Gabriel vaga vagoroso por entre las morbideces de las destapadas con un lápiz rojo, un chal y el sello del ministerio. Lo malo es que ahora que se pueden anunciar sostenes la muchachada va sin ellos. En fin, el caso es que «in illo tempore» empezaba ya a resquebrajarse la unidad de los hombres y las tierras de España por do más pecado había, el puro lumpen, y hubo huelga en Barcelona, que nadie sabía qué era aquello, y fue volcado convenientemente un tranvía, y por la Vía Layetana hubo una manifestación, y pedradas, y

hubo un muerto. Es que el obrero, ya entonces, no podía comer, y encima subieron los billetes de los tranvías, pero, como dijo Franco en la IV Asamblea de Hermandades de Labradores y Ganaderos, o Labradores y Ganadores, con-

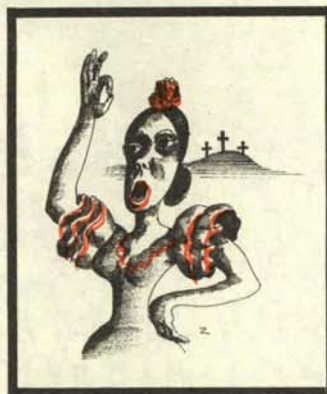
un detritus del ninfómano Tennesse Williams, que no era hermano de Esther Williams, «Un tranvía llamado deseo», pero la dejaron sólo una noche, se conoce que estaban quemados con lo del tranvía de Barcelona. Alfredo Mayo, que



forme decía la musa popular, «la huelga es un delito». En cuanto en las Vascongadas se enteraron de que en Barcelona habían atentado contra un tranvía se lanzaron al desmadre huelguístico poniéndose al servicio de ideologías de triste recuerdo, como solían afirmar los gobernadores, y de agitadores profesionales con base en el extranjero, todos rojos como la madre que los parió, liberales, masones y de Azaña. Los vascos ya se sabe, pero en Barcelona pocas semanas antes el pueblo «había vivido intensas jornadas de recogimiento y perfección espiritual, escuchando la palabra evangélica de los misioneros». Pues si con la cosa espiritual tan perfeccionada volcaron luego un tranvía, ¿qué no hubieran volcado si no los llegan a perfeccionar? Ni se sabe. Menos mal que al lado de la cruz estaba la espada, y al lado de los misioneros los conquistadores, como en los buenos tiempos. Y los que volcaron el tranvía eran los indios.

Entre tanto en Madrid los del bigotito bailaban en Pasapoga, en Alazán o en Villa Romana, donde cantaba Bonet de Sampedro. Empezaban a pedir guerra (por entonces sólo era guerra santa) las alegres chicas de Colsada, y Celia Gámez, cansada ya de cantar el Pichi durante generaciones, estrena en El Alcázar (no el de Gibello, sino el de la c'Alcalá) «La hechicera en Palacio», y la hechicera era ella, vaya leche. Hay un estremecimiento entre los vencedores porque se anuncia una película basada en

por entonces era más guapo y más valiente que el doncel de Sigüenza, dice que él prefiere a Benavente, no te digo lo que hay, que acababa de estrenar «Mater imperatrix», que eso es un título, y no lo del tranvía y el deseo, que suena a que uno se pone las botas en el tranvía con la



vecinita de enfrente, la vuelca, y luego, para borrar las huellas, vuelca el tranvía. Lo importante era que el bolero seguía para arriba, que el cha-cha-cha no había cuajado del todo, y a mayor abundamiento teníamos a Lorenzo González, rey de las boîtes, que cantaba lo de «Cabaretera» y lo de «Reloj que marcas las horas» que se desguazaba el personal de gusto, con perdón, y más de una abuelita hay por cantar «Cabaretera» con más sentimiento y expresión corpo-

ral de lo que permitía la legalidad vigente. Claro que también teníamos dos cruces clavadas en el monte del olvido por dos amores que han muerto sin haberse conosío, que todo hay que decirlo, que el infortunio se clavaba asimismo en el imperio algunas veces. Pero por encima de todo teníamos a Guillermo Sautier Casaseca y lo que nunca muere y un arrabal junto al cielo, que ya no se sabía si la gente lloraba de hambre o de pena, con aquellas modulaciones de Pedro Pablo Ayuso cuando gemía de gozo porque el pariente rico del folletón le regalaba un retrete, cosa fina. Y cuando la gente no había acabado de llorar y alegrarse al mismo tiempo, que un retrete siempre es un retrete, salen los novios de Sigma, que reciben veinticinco mil calas por «describir con acierto y belleza literaria los mejores conceptos morales e ideológicos sobre el matrimonio», la gente es que lloraba a mares con aquellos conceptos morales, pero sobre todo con los ideológicos. Seguramente fijándose en lo del retrete Galerías Preciados sacó el slogan de la elegancia social del regalo, y por fin aparece el primer anuncio de sostenes en el imperio, un rústico dibujo, pero, eso sí, «mágica invención para la mujer», la cual no se veía por ninguna parte, era un sostén exento, pura entelequia. El anuncio apa-



reció en el «Ya» y tres mil almas cayeron en pecado mortal entre las nueve y las doce de la mañana.

Y así iban escribiéndonos la historia, mientras la gente iba por la calle imitando a Charles Trenet en lo de las hojas muertas, y había que poner ojos de carnero moribundo, y si eras un poco marica cantabas violetas imperiales, y quedabas como un sol. ■ DON BENITO EL GARBANCERO.